

LOS ROSTROS PRECOLOMBINOS*

De aquel pasado ensombrecido por cinco siglos de dominio español, que apenas resucita cuando empezamos a reconocer como propio el caudal de vivencias, formas, colores y presencias indígenas en nuestra incipiente autenticidad, nos llegan los rostros de los antepasados aborígenes, a través de las formas modeladas en el oro, la cerámica y la piedra, con amorosa deleitación, por los orfebres, los alfareros y los talladores prehispánicos.

La imagen de los hombres y mujeres que habitaron nuestro país antes del hierro y la cruz, es confusa y vaga en la mente formada por directrices europeizantes, pero se aclara y se perfila nítidamente al observarla en sus fuentes primigenias: en las figuras humanas plasmadas por los anónimos ar-

tistas precolombinos y rescatadas por los arqueólogos, que hoy parecen cobrar vida en museos y colecciones, para recordarnos ese imborrable ancestro, tan evidente y tan negado.

Diversas en sus manifestaciones artísticas, ricas en la expresión y dominadoras de las técnicas para transformar la materia en arte, las culturas de la antigua Colombia nos han dejado un mosaico de realizaciones en las cuales el rostro humano se nos muestra en variados matices de representación: realista o estilizado, emotivo o impávido, sencillo o esotérico. Si iniciamos un viaje imaginario por la geografía prehistórica del país, buscando el rostro de nuestros antepasados en las obras de los alfareros, nos encontraremos con un mundo polifacético de expresiones y sentimientos.

CALIMA

En el Valle del Cauca, en las estribaciones de la cordillera central, vivieron pueblos gobernados por diversos señores, todos ellos incluidos hoy dentro de la denominación general de calimas, dada por el río de ese nombre. En esta región arqueológica los investigadores han hallado vestigios de viviendas circulares, acomodadas en pequeñas terrazas en las laderas de las colinas, así como caminos prehistóricos y antiguos campos de cultivo. También en las colinas, o en las planadas cubiertas de guaduales, se han encontrado cementerios con tumbas subterráneas de pozos cilíndricos y cámaras ovales donde

* Publicado en: Lámpara, N° 81, Vol. XIX, marzo 1981. ©

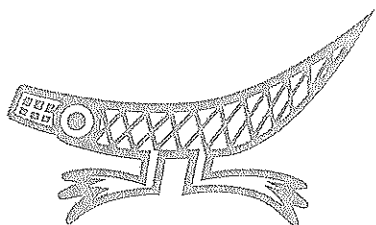
Alvaro Chaves Mendoza

Ilustraciones Antonio Grass

yacen los vestigios envueltos en una especie de capullo blanco que fue en otro tiempo la manta funeraria.

Entre los muchos objetos que acompañaban al muerto en su tumba - ollas, remos, arcos, hachas, collares - los más admirados son los ornamentos de oro, pues la labor de los orfebres logró un estilo rico en decoración y que se identifica con la técnica del martillado. Pero es el barro el material que con mayor variedad transmite en el tiempo el aspecto de aquellos indígenas; en él la figura humana tiene definiciones especiales e interesantes porque nos presenta un tipo humano diferente del que hemos hallado en las otras regiones descritas. Aquí las vasijas antropomorfas -alcarrazas y vasos cilíndricos- nos repiten la imagen de hombres y mujeres de rostros redondeados, pómulos henchidos, ancha nariz, labios abultados y ojos de espesos párpados.

Son de especial encanto las efigies femeninas, con el cabello minuciosamente delineado por incisiones, la actitud placentera y a veces insinuada -maliciosa o ingenua- la sonrisa. Contrastan notablemente con otras figuras en las cuales las facciones se alteran, exagerando al máximo el grosor de los labios, la pesadez de los párpados y el hondo surco de las arrugas, para convertirse en personajes duros, angustiosos. En otras lo humano se desvanece ante la aparición de grandes fauces, ojos desorbitados y gigantescos colmillos; son estos los entes maravillosos, los seres que poblaban la realidad mágica de los simbolismos religiosos, las impactantes realizaciones de los alfareros al dar forma a las fuerzas sobrenaturales.



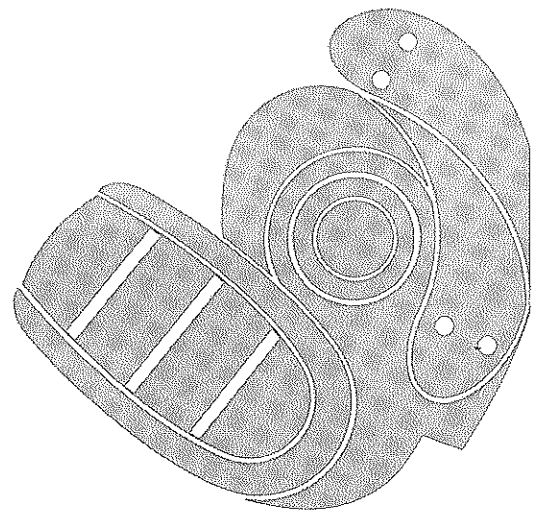
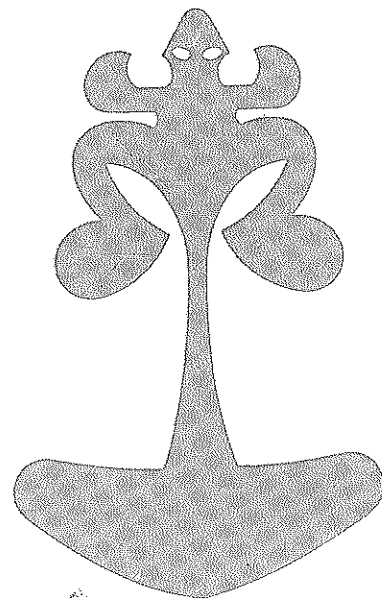
CARIBE

Las tierras bajas y cálidas de la costa norte, con sus llanuras fértiles, y principalmente los territorios aledaños a las orillas de los ríos Cauca y Magdalena, fueron asiento de los pueblos caribes, conquistadores belicosos que invadieron a Colombia a fines del primer milenio de la era cristiana. Organizados en cacicazgos militaristas, en los cuales el jefe era elegido por su bravura o por su fuerza, diestros en el manejo de la flecha y el arco, conocedores de venenos para emponzoñar las armas, sabios en los ardidés y las trampas, dominaron a los pueblos antiguos, de costumbres pacíficas, y los hicieron replegar hacia las regiones altas y frías.

El nombre de Caribe ha quedado como símbolo de fiereza y rebeldía. La antropofagia fue una de sus costumbres más criticadas, aunque para ellos ingerir la carne del guerrero vencido era la manera mágica de acrecentar su agresividad y su poderío físico. Cuando sus flechas y lanzas envenenadas cayeron dominadas por las armas europeas, estos pueblos prefirieron la aniquilación al vasallaje, y sus mujeres tomaron abortivos para no dar a luz niños destinados a la esclavitud.

No tenían poblaciones estables, vivían en las colinas, desde donde pudieran estratégicamente dominar los contornos, y en tiempo de subienda del pescado poblaban las orillas del río.

Marchaban a la guerra lanzando gritos de alborozo, pintados y adornados con plumas de colores y collares de dientes de triguillos y osos; lanzas,



picas, macanas, dardos y cerbatanas eran su armas preferidas y amedrentaban a los enemigos cubriéndose el rostro con macabras máscaras hechas de la piel de los prisioneros.

Pero las guerras de conquista no impidieron el florecimiento de un arte, ligado estrechamente al mundo sobrenatural y con estilos definidos. El enterramiento de restos óseos en urnas de cerámica fue parte de su ritual funerario; los huesos, una vez quemados, otras pintados con el ocre simbólico, se colocaban dentro de recipientes globulares o cilíndricos en cuyas tapas los anónimos artistas del barro modelaban la efigie del difunto, sentado en el banco indicador de su categoría social o militar.

Fiereza, ambición y astucia nos muestran los rostros caribes; naturalistas y expresivos, despóticos y crueles. Llevan los cráneos deformados, las bocas entreabiertas y los ojos entrecerrados. Con el desdén que imprime el gesto de labios apretados, la actitud es altiva y decidida.

NARIÑO

De la zona andina de Nariño, al sur de Colombia, nos llegan, sacados de profundas tumbas, los rostros de los llamados "coqueros", imágenes en cerámica de hombres que muestran un abultamiento en la mejilla, causado por las hojas tostadas de la coca, que mezcladas con cal eran mascadas para disfrutar de los efectos del alcaloide -solamente narcótico al ser utilizado de esta manera- mediante el cual se alcanzaba el ideal para la comunicación con los dioses, el éxtasis necesario para la penetración de los poderes sobrenaturales en la materia corpórea de los oficiantes.

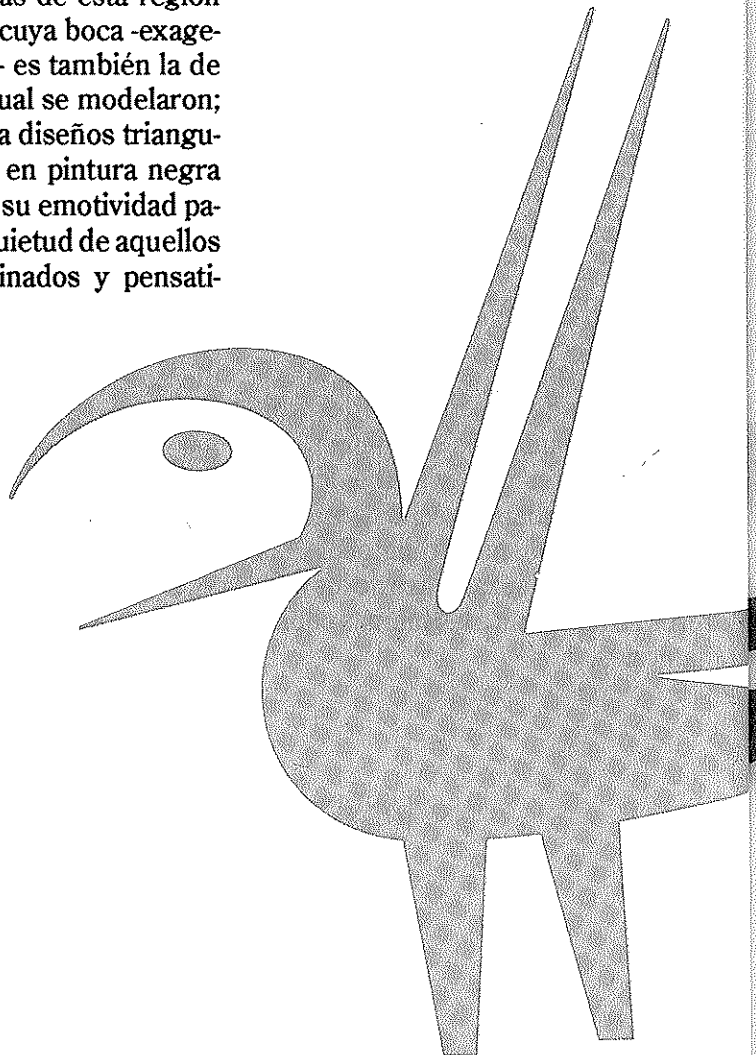
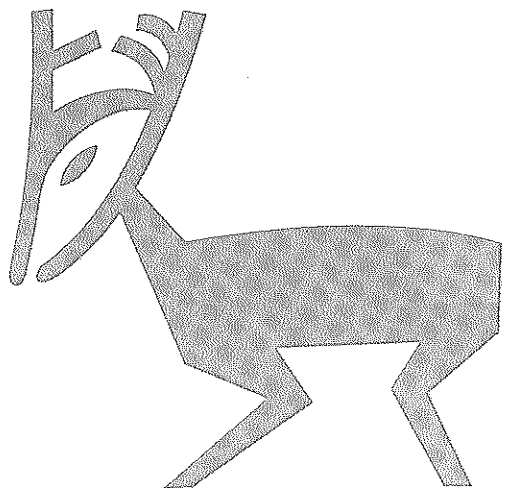
Los "coqueros" -macizos, huecos o modelados en máscaras- inmersos en el mágico mundo de lo sagrado, muestran en sus facciones el arroboamiento de quien penetra en ámbitos superiores, la expectante actitud de quien participa, por instantes sin tiempo, de la placidez sagrada.

Otras figuras típicas de esta región son los "gritones" cuya boca -exageradamente abierta- es también la de la vasija sobre la cual se modelaron; llevan sobre la cara diseños triangulares y rectilíneos en pintura negra sobre fondo rojo y su emotividad parece opuesta a la quietud de aquellos que meditan, inclinados y pensativos.

La contraparte femenina la dan los rostros modelados con precisión en la arcilla; los rasgos se perfilan nítidos y nos muestran la belleza de la mujer aborigen americana, belleza que trasciende los años y las penurias y se plasma, intacta y eterna. En cambio, en algunas maternidades, el artista parece descuidar el detalle por la anécdota y los rasgos se tornan casi caricaturescos.

Tejedoras expertas, conocedoras de los secretos del tinte y de las técnicas de trama y urdimbre combinadas en la búsqueda de diseños y texturas, las mujeres del altiplano nariñense fueron también ceramistas y sus obras permiten que conozcamos hoy el aspecto físico y las particularidades de sus contemporáneos.

La sobriedad y el estoicismo que imprimió la cultura Inca a sus normas de comportamiento y a sus relaciones materiales, se aprecian en la cerámica del Nariño y en estos rostros de los súbditos del soberano del Cuzco.



QUIMBAYA

La unidad cultural -el compartir una religión, una lengua, unas costumbres- al lado de la división política -el poder repartido- fueron características distintivas de la mayoría de los pueblos que habitaron a Colombia prehispanica. Los quimbayas, pobladores de la región del Quindío -desde las tierras bajas y cálidas cercanas al río Cauca hasta las montañas de clima templado- estaban gobernados por sesenta caciques, cada uno de ellos tan poderosos como los demás. Pero en el momento del enfrentamiento con el opresor extranjero, se unieron para elegir a Tacurumbí, el jefe más sabio y más apto, para que los acaudillara. Buscaban el derecho a conservar su lengua, su religión y sus costumbres, y defendían principalmente el respeto para sus mujeres, con quienes a la hora de la inevitable derrota, evacuaron la región cruzando con ella los escarpados picos de la cordillera central, por el llamado -desde entonces- "paso de las hermosas". Guerreros, orfebres, agricultores, cazadores, tejedores y salineros, los quimbayas se destacaron en la orfebrería y han merecido el título de "maestros del oro" porque, aparte del dominio de las técnicas para transformar el metal en delicadas joyas, lograron decantar, en un estilo depurado y fino donde la forma se solaza en la pureza de volúmenes limpios, toda una tradición de trabajo, de búsqueda de soluciones plásticas, del encuentro de la difícil sencillez que sólo se logra cuando una larga experien-

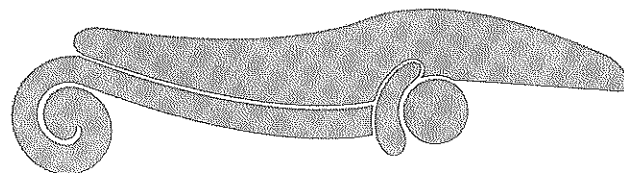
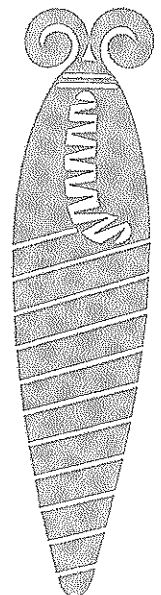
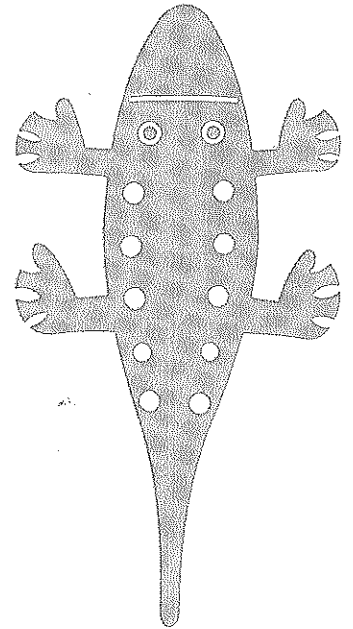
cia se concreta en obras de reconocida calidad estética.

Una costumbre que llamó la atención a los conquistadores fue la deformación craneana que practicaron por medio de tablillas apretadas con vendajes sobre los huesos aún incompletamente solidificados del recién nacido; así lograban dar a la cabeza una forma diferente, plana o alargada, cambiando de esta manera su aspecto natural. También se apretaban con ligaduras los brazos y las piernas, y aunque andaban casi desnudos, se adornaban con pintura facial de colores vivos, completando su atavío con penachos de plumas y con collares de oro, de semillas o de dientes de animales.

Al tratar de rescatar del olvido los rostros quimbayas, encontramos numerosos ejemplos en las figuras de cerámica que acompañaban a los difuntos en sus tumbas. Estas figuras representan hombres y mujeres, pero la intención del alfarero no fue la de copiar la naturaleza, ni la de retratar la expresión real; fue un intento de condensar los rasgos con economía de elementos plásticos, incisiones cortas y definidas para los ojos y la boca, también ojos formados por las protuberancias incisas en el medio, que se han llamado "granos de café", y las cabezas deformadas en formas tan caprichosas que más parece que quisieran reflejar el enfoque personal del artista que la humanidad del representado.

Y apesar de ceñirse a unas normas sintetizadoras y a una geometrización de las facciones, los resultados

son diversos y cada pieza muestra su propia individualidad. Aplanados, triangulados, oblongos, los rostros quimbayas se asoman del pasado como muestras de la dinámica creativa que lleva a los artistas a la búsqueda de formas nuevas, pasando del naturalismo a los inicios de la abstracción geometrizable.



TAIRONA

Habitaron la Sierra Nevada de Santa Marta. Guerreros y artistas, desde las cálidas faldas hasta las cumbres paramunas. Durante casi un siglo se opusieron al dominio español, y de su cultura -que alcanzó un alto desarrollo en urbanismo, orfebrería, arte plumario, lapidaria y alfarería- nos quedan hoy las ruinas de ciudades con plazas, escaleras y caminos enlosados; con teatros al aire libre, de inmensas graderías logradas por el aterramiento de las laderas de la montaña; con acueductos formados por piletas y desagües tallados en la piedra.

Descollaron en arquitectura. Sus pueblos comenzaban a ser ciudades, pues ya sus construcciones denotaban una diferenciación en el tamaño de las viviendas -bohíos de paredes de bahareque y techos cónicos de paja- al lado de las casas ceremoniales, más amplias, más altas, mejor acabadas y situadas en las esquinas de plazas triangulares, como puntos focales del trazado regular de las calles. Toda la Sierra estaba llena de poblaciones y los caminos empedrados se convertían en largas escaleras para ascender y descender, uniéndolas.

Agricultores del maíz, grano que fue en América y en Colombia -al lado del frijol y la calabaza- la base del sustento, cultivaban también el algodón para hilar y tejer mantas policromadas con colorantes vegetales, el tabaco para obtener del cocimiento de sus hojas una pasta medicinal, el cacao para la bebida estimulante y las distintas hierbas para la curación de los males del cuerpo y del espíritu.

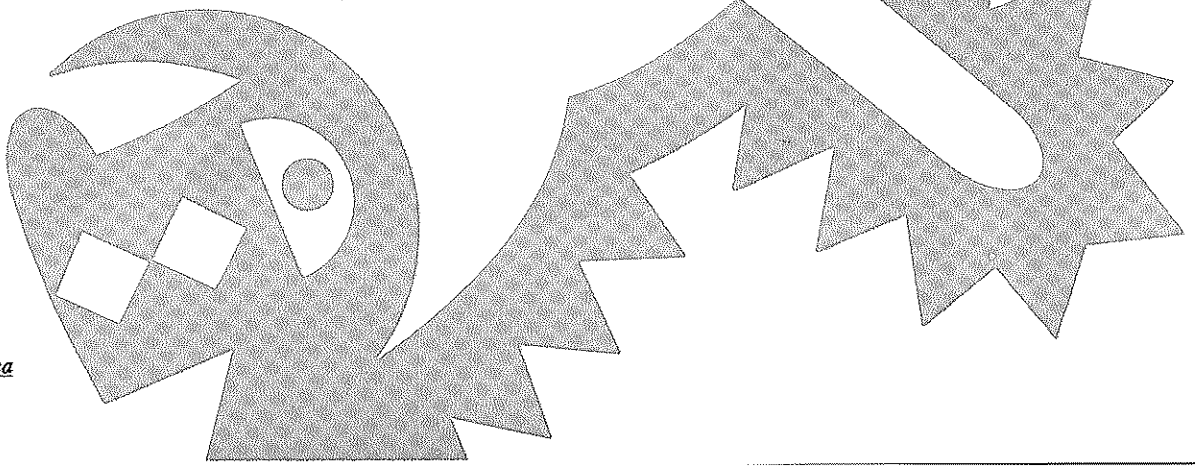
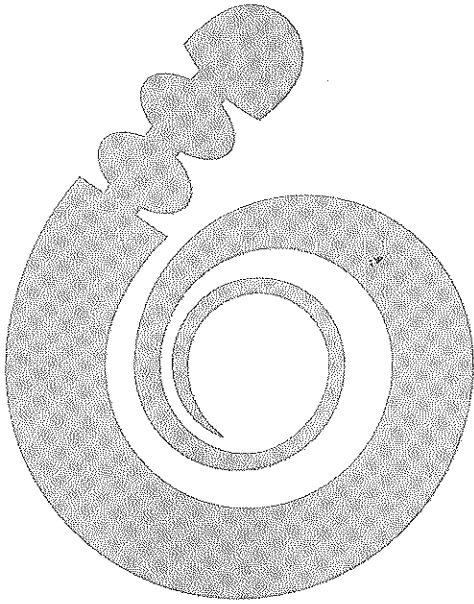
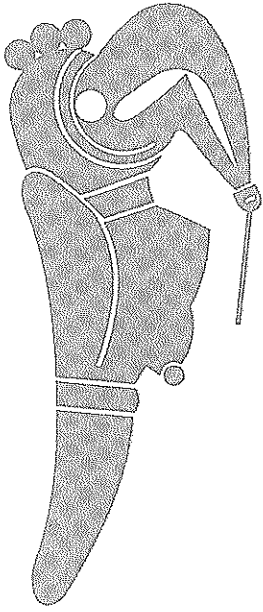
El cronista Juan de Castellanos describe a los taironas como "embijados por la pintura facial trazada con el colorante anaranjado que se saca de la semilla de la bija o achiote y compuestos por llevar

de largas plumas las cabezas llenas,
diademas de oro por las frentes,
en el pecho chagualas y cadenas.

Castellanos hablaba también por su valentía al decir que "la gente natural desta frontera, /ninguna para guerra fue más dura".

A su vez, Fray Pedro de Aguado los elogia como "gente muy crecida y lucida", y Antonio de Herrera cuenta que "los indios de la Provincia de Santa Marta son dispuestos y de buen entendimiento, aunque malos y soberbios".

Los rostros que nos muestra la cerámica fueron realizados mediante la estilización de los rasgos faciales, destacando el líneas geométricas la expresión arrogante de los caciques, engalanados con collares, narigueras y adornos labiales. En algunos casos el alfarero buscó la acentuación de la curva para acentuar la nariz y labios e imprimir al rostro de la vasija la placidez del hombre que se solaza en el descanso.



TUMACO

Los alfareros de Tumaco fueron los más naturalistas y expresivos de Colombia prehispánica. Lo poco que sabemos de este pueblo nos lo ha contado su cerámica, los cientos de figuras que fueron rotas y enterradas como parte de un ritual mágico.

Habitantes de un territorio paradisíaco, donde playas abiertas alternan con manchas de manglares, los tumaqueños desaparecidos brotan al cabo de los siglos en los rostros de arcilla, casi todos pequeños en su dimensión real pero monumentales en su realización plástica que, con características de estatuaria, retrata a los diversos personajes de una sociedad compleja.

Las figuras de Tumaco representan niños y viejos, hombres y mujeres, sacerdotes y guerreros, casi todos ellos con cráneos deformados y adornados profusamente con narigueras, aretes circulares, collares y complejos tocados. Cada cabecita es una pieza única, de expresión diferente, de rasgos propios; ni aun las que fueron realizadas por medio de la técnica del moldeado parecen iguales, pues el molde proporcionaba el núcleo básico que podía complementarse con la aplicación de elementos decorativos. El mosaico de rostros es casi inacabable: plácidos, arrogantes, cómicos, elegantes, fuertes, tristes o delicados. Muchas de estas figuras se utilizaban para rituales de curación de enfermedades y por eso representan enfermos y dolientes con la mano sobre la mejilla; se suponía que al romperlas y enterrarlas se destruía también el mal que aquejaba a la

persona que servía de modelo.

Otros rostros nos llegan en la arcilla, ya no naturalistas pero tal vez más expresivos: son aquellos que identifican a los personajes míticos, combinación de hombres y animales. En casi todas las culturas precolombinas, la materialización del mundo mitológico se realizó mezclando los rasgos humanos con los de aquellos animales que despertaban el temor o la admiración por sus especiales cualidades de fuerza o poderío; los dioses-jaguares aparecen como importantes expresiones del arte prehispánico, que se nutrió principalmente de fuentes religiosas. Y en Tumaco las cabezas de felinos humanoides o de hombres-tigres se repiten, recargados de adornos y colgantes, con feroces colmillos y lenguas gigantes. Son la imagen de la potencia física, del poder fecundante del sol, de la fertilidad, simbolizan también la violencia, el dominio, la belicosidad. Ningún pueblo se retrató con tanto realismo, ya fuera el de su propia naturaleza o el de la mágica realidad de sus categorías religiosas. Los alfareros de Tumaco -o más propiamente las alfareras, pues el modelado de la arcilla fue labor femenina- enseñan la lección del arte como reflejo de un momento histórico y de una realidad cultural ♦

